

RICARDO ROJAS: EN BUSCA DE LA HISTORIA PERDIDA. LA ETAPA DEL CENTENARIO

por
María Rosa Lojo

Según Eduardo Cárdenas y Carlos Payá, el nacionalismo, entendido como «doctrina coherente que interpreta el país y su historia»¹ comienza en la Argentina con dos libros: *La restauración nacionalista*, de Ricardo Rojas (1882-1957) y *El diario de Gabriel Quiroga*, de Manuel Gálvez (1882-1962). Tanto Gálvez como Rojas pertenecían a viejas familias provincianas que habían tenido fundamental ingerencia en el gobierno de sus respectivos estados (Santiago del Estero, en el caso de Rojas, y Santa Fe, en lo que hace a Gálvez²). Los dos confluyen en Buenos Aires y sufren el impacto de la gran ciudad cosmopolita («Cosmópolis», la llamará Rojas en un libro homónimo); los dos se hacen oír desde la revista *Ideas* (1903-1905), fundada por Gálvez y por Ricardo Olivera, que expresa, precisamente, los primeros diagnósticos sobre la realidad argentina, y los incipientes ideales de la que iba a ser llamada «generación del Centenario», como la búsqueda reivindicatoria de una tradición nacional, basada, para ellos, en las raíces hispano-criollas, que la élite cultural anglófila y francófila, prefería desconocer o dar por superadas.

Ricardo Rojas había nacido en Tucumán, en el Noroeste argentino, en 1882, pero se educó en la vecina provincia de Santiago del Estero (de donde procedían su padre y abuelos paternos), desde 1884 a 1898. Se trasladó luego (1889) a Buenos Aires, para iniciar estudios de Derecho que quedaron trancos: su vasta formación humanística sería una obra de autodidacta. Trabajó en el periodismo, en la docencia secundaria y luego en la universitaria (Universidad de La Plata, 1908). En 1903 publicó un primer libro de poesía: *La victoria del hombre*, y se integró al grupo de la revista *Ideas*.

Antes que *La restauración nacionalista*, publica Rojas *El país de la selva* (1907), cuyos antecedentes, por afinidad temática y conceptual pueden registrarse en *Mis montañas* (1893) de Joaquín V. González (quien fue por cierto, uno de los mentores del joven Rojas). Situado en un registro intermedio entre la ficción y el ensayo, *El país de la selva*, que alcanzó un gran éxito de público y sorprendió por su originalidad³, incluye también un repertorio de leyendas y figuras míticas del folklore santiagueño (fruto en su mayoría del sincretismo criollo-aborigen) recreadas por el autor. Mientras las selvas —en esa nueva empresa de conquista que dispone la *ultima ratio* del Progreso— están siendo sometidas a talas indiscriminadas, Rojas recuerda en estas páginas la primera conquista⁴ encabezada por su homónimo y tal vez antepasado (al menos, así le gustaba creerlo), don Diego de Rojas. Como bien señala Graciela Montaldo⁵, no puede decirse que Rojas haya sido ni deseado ser, un escritor «regionalista», pero elige comenzar desde su «patria chica» una labor que insumirá toda su vida: recuperar un acervo tradicional que juzgaba absolutamente necesario para retrazar la figura espiritual de una nación que —desde su punto de vista— amenazaba con desdibujarse. Ya en este libro aparecen ideas largamente expandidas en su obra posterior: la compenetración del ser humano y el medio natural y la revaloración del mestizaje hispano-indígena como tronco matriz de Iberoamérica. Y desde luego, la función reparadora del poeta: si la selva ha sido condenada por la civilización a desaparecer, al menos la poesía puede rescatar la riqueza cultural que la selva engendrara: ésta es la misión que Rojas asume para inmortalizar un *habitat* geográfico-simbólico que todavía nadie

ha cantado, integrándolo a la «geografía espiritual» de la Argentina (p. 139).

Los próximos libros de Rojas anticipan otras inquietudes: *El alma española* (1907) da cuenta de su fascinación por España (por la que viajó en ese año) y de sus lecturas españolas. El espectro de autores de los que se ocupa es muy amplio, desde el punto de vista ideológico y estético. Sus adhesiones más personales están por aquellos que —como Blasco Ibáñez— se han comprometido en una empresa de «regeneración» nacional (sin duda afín a su propia empresa naciente de «regeneración argentina»); el atraso, la superstición, el patriotismo, el autoritarismo, el catolicismo sombrío que impide el goce de la naturaleza y de la vida, el poder clerical, son todas rémoras de las que España debiera desprenderse para recuperar su grandeza creadora. Y los artistas que se están ocupando de ello son preferentemente, no los castellanos, sino los que provienen de las provincias, de las regiones donde se hablan también otras lenguas: vascos, gallegos, catalanes (p. 85); del mismo modo espera Rojas que la renovación llegue desde las provincias argentinas. El hispanismo de Rojas no es regresivo ni prescriptivo: no propone el retorno nostálgico a la España conquistadora de la cruz y de la espada; al contrario, señala que los tiempos han cambiado y que ya no sirven para ella «las condiciones místicas y guerreras de su antiguo vivir»; pero aquilata el legado hispánico en la tradición y el idioma. Sostiene, además, que ese legado alcanza su expresión y transformación más original y revulsiva, no en un español peninsular, sino en un hijo de las ex colonias: Rubén Darío, «representante genuino del alma de nuestra América» (p. 211)⁶.

En *Cartas de Europa* (1908), Rojas vuelca en crónicas que se publicarían en el diario *La Nación*, sus impresiones de viajero, donde siempre se halla, como referente virtual, su país de origen. A él termina remitiendo o enlazando sus múltiples observaciones sobre educación, religión, arte, arquitectura, y por supuesto, construcción de la nacionalidad. *Cosmópolis* (1908) —una miscelánea sobre ciudades, costumbres y escritores— señala la importancia de que la *nación* sea también una *patria*: no sólo una entidad jurídico-política, sino la tierra de los antepasados, «rincón de ensueño y de memorias». Pero —aclara— la «unidad espiritual» y el «culto a la tradición» no deben significar hostilidad al progreso ni a la fraternidad, en un mundo que tiende cada vez más a un «modo uniforme de vivir» (p. 27).

La restauración nacionalista: en busca de la Historia perdida

La restauración nacionalista. Crítica de la Educación Argentina y Bases para una Reforma en el Estudio de las Humanidades Modernas (1909) surgió de un viaje realizado por su autor para estudiar «el régimen de la educación histórica en las escuelas europeas» (p. 13); Rojas era entonces funcionario del Ministerio de Instrucción Pública, pero señala que su comisión europea se debió más a su iniciativa personal que al interés de las autoridades, a tal punto que no se le acuerdan, durante su estadía en el extranjero, honorarios ni sueldo. Desde su título, este informe, que se publica por primera vez en una imprenta estatal (aunque, según Rojas, en ese momento no fue leído por nadie en el gobierno), elige un tono deliberadamente provocativo y polémico. ¿Deberá su libro leerse en clave «rosista», en un momento en que ya habían aparecido los trabajos del primer revisionismo, de Adolfo Saldías, o de Ernesto Quesada? Aunque Rojas declara que «había más afinidades entre Rosas y su Pampa, o entre Facundo y su montaña, que entre el señor Rivadavia o el señor García y el país que querían gobernar» (p. 98), no se trata de eso. «Restauración» remite más bien, en este contexto, al ideal de la independencia, y a la autoctonía «indiana», sin que esto implique anular inevitables cambios históricos: «restaurar el espíritu tradicional no significa, desde luego, restaurar sus formas económicas o políticas o sociales, abolidas por el progreso implacable y lógico de la civilización» (p. 235). En suma, afirma en el prólogo a la edición de 1922: «[...] mi propósito inmediato —dice— era despertar a la sociedad argentina de su inconsciencia, turbar la fiesta de su mercantilismo cosmopolita...» «sabía que nadie había de prestarme atención si no empezaba por lanzar en plena Plaza de Mayo un grito de escándalo.» (p. 17)

El «escándalo» de Rojas continúa, libro adentro, con el uso de fórmulas y definiciones contrastivas y paradójicas. Si la generación del '37 consideró que el mal de la Argentina era el «desierto», un mal equivalente acecharía en el «cosmopolitismo». Hoy —añade— la «barbarie» no es la «montonera»⁷ sino la neobarbarie del mero progreso material, orientado exclusivamente al lucro, en una sociedad desintegrada. Si se quería combatir al desierto poblándolo, el cosmopolitismo nos devuelve a una situación igual o peor. Si se deseaba superar la barbarie con la creación de

riqueza, la riqueza sin un sentido espiritual resulta tanto o más bárbara que la miseria, y en todo caso, se trata de una riqueza que encadena al país a la dependencia de las inversiones extranjeras. «Corrupción», «disolución», «caos» son las voces de alarma que Rojas prodigará a lo largo del libro: «La riqueza y la inmigración la han sacado [a la Argentina] de su antigua homogeneidad aldeana, pero no para traernos a lo heterogéneo orgánico, que es la obra verdadera del progreso social, sino para volvernos al caos originario. [...] continuamos careciendo de partidos, de ideas propias, de arte y de instituciones.» (p. 85)

Sus alertas colocan bajo una luz extrema de tragedia a un país que, con avances y retrocesos, llevaba ya, sin embargo, décadas de organización republicana y democrática, que había producido arte e instituciones (aunque pudiera haber justificadas quejas con respecto al funcionamiento de éstas), y que se preparaba para festejar rumbosamente el Centenario de la Revolución de Mayo. Es que el peligro, para su óptica, radica en otra cosa: que ese país, esas instituciones, esa cultura, no correspondan cabalmente a lo que Rojas llama *una nación*. Más allá del contrato político y jurídico, la nación no es sólo «el Estado»; constituye una *personalidad colectiva*, un *organismo*. La *nacionalidad* es, entonces, la *conciencia* de esa personalidad colectiva. Debe formarse, apunta, «por la conciencia de su territorio y la solidaridad cívica, que son la cenestesia colectiva, y por la conciencia de una tradición continua y de una lengua común, que la perpetúa, lo cual es la memoria colectiva.» (p. 47) Desde luego, la historiografía y la teoría política contemporáneas (de Benedict Anderson a Eric Hobsbawm) han hecho hincapié (por sobre las ideas organicistas) en el carácter de *invención* y *construcción* de la nacionalidad, asociado a algún tipo de manipulación ideológica y política. No obstante estas necesarias reservas, también es verdad que difícilmente podría surgir una nación tan sólo de la fecundidad imaginativa de un grupo de ideólogos. En todo caso, podría decirse que los ideólogos o intelectuales tienen éxito, cuando aciertan a expresar o sintetizar tendencias y deseos que se hallaban latentes y presentes en la comunidad y que ésta ha podido re-conocer como propios⁸.

Sin duda, el protonacionalismo de Rojas se apoyaba en autores leídos y admirados, como los de la «Generación del '98» española: Unamuno, con quien se carteaba asiduamente, Ramiro de Maeztu —su amigo personal—, Ángel Ganivet, con su teoría del

«espíritu territorial». Y más lejos aún, en el Romanticismo —que impregna, por otro lado, el conjunto de su obra— Johann Gottlieb Fichte y sus *Discursos a la Nación Alemana* (1808), cuyo carácter fundacional se acepta y se destaca en *La restauración nacionalista*. No obstante, el mismo Rojas, enemigo de toda «imitación simiesca» (p. 137) en la educación nacional, previene contra las trasposiciones mecánicas y distingue su *nacionalismo* de otras perspectivas que no considera aplicables a la realidad argentina, así como también, de las estrechas manipulaciones partidistas. Advierte en una nota al pie: «Sintomática de que pensamos con ideas hechas, y hechas en el extranjero, es la circunstancia de que, en general, la palabra *nacionalismo*, lanzada en Buenos Aires, no haya sugerido sino imágenes del nacionalismo francés. Alguien creó, a propósito de ella, el verbo, *paulderouleando*, y otros asociaron el nombre de Maurice Barrés al del escritor argentino que venía a agitar esas ideas. A esos, no se les ocurrió reflexionar que el nacionalismo en Francia es católico y monárquico por tradición francesa, y guerrero por odio a Alemania. En la Argentina por tradición es laico y democrático, ha de ser pacifista por solidaridad americana. Por otra parte, el nacionalismo, según se verá más adelante, es una fórmula que puede subsistir tan fuera de los partidos en política como lejos del género criollo en literatura.» (p. 47)

Por cierto, es justo señalar —aunque David Rock haya incluido a Rojas entre los «antecedentes de la derecha argentina»⁹—, que su nacionalismo se aparta crecientemente de las posteriores versiones políticas, de corte autoritario (y a menudo pro clericales) que alcanzan auge en las décadas del '20 y del '30. Rojas nunca abjuró de su fe en la soberanía popular y su representación republicana y democrática. Tampoco de su laicismo en materias institucionales¹⁰. Se consideraba, sí, un «cristiano de los Evangelios», como Sarmiento, y creía en el cultivo de la religiosidad como experiencia interior¹¹. Por ello, estimaba que el Estado no debía subordinarse a la posición de la Iglesia, en cuestiones que atañían a la vida privada, a los «fueros personales» (como el divorcio). Fue propulsor siempre de la enseñanza laica, aunque con el trasfondo axiológico que daba el cultivo de la moral cívica, y si creía en la conveniencia de que el Estado siguiera sosteniendo como culto oficial la Iglesia Católica, era ante todo por razones históricas, en tanto el catolicismo formaba parte del legado cultural de la tradición nacional. Considérese por lo demás, que

ante el golpe de Estado militar perpetrado el 6 de abril de 1930, Rojas, que no había actuado en política anteriormente, se unió a las filas de la derrotada Unión Cívica Radical con el objeto de refundar la democracia republicana en la Argentina¹², y fue encarcelado por su rebeldía ante la dictadura. Una vez liberado regresó a la enseñanza universitaria, pero renunció a sus cátedras y a la dirección del Instituto de Literatura Argentina en 1946, por disidencias con el gobierno peronista. Murió en Buenos Aires el 19 de julio de 1957.

La restauración nacionalista es tal vez su libro más vehemente, donde su nacionalismo asume un cariz predominantemente *defensivo* y donde no faltan expresiones —pese a sus descargos— de corte xenóforo. Antes que los aspectos afirmativos, positivos, de esa amplia tradición artística y cultural, de cuyo rescate historiográfico Rojas fue innovador y pionero, se enfatiza el temor frente a lo que se experimenta como invasivo y disgregante. En la «Crítica a nuestra educación» (segunda parte del libro), se resumen tópicos que habían estado sobre el tapete parlamentario desde mediada la década del '80, así como en el horizonte de preocupación de escritores e intelectuales, aunque Rojas aparezca como el que los instala, doctrinariamente, en un marco —el del Centenario— donde adquirirán especial resonancia. Se refieren todos ellos al problema de la educación, y podemos citar, entre otros, la crítica de un excesivo «liberalismo» que llevaría al Estado a descuidar su indelegable papel tutelar en el ámbito de la enseñanza; la crítica a los maestros ineficaces, mal preparados, o sin vocación; las objeciones contra programas de estudio que no tienen que ver con las necesidades del país, que son copia de programas europeos, o que descuidan la enseñanza del idioma, la geografía y la historia patrias; el peligro que representa la escuela extranjera en tanto que —librada a su arbitrio— formará también ciudadanos extranjeros, como si éstos hubieran nacido en un dominio colonial de sus respectivos países y no en una nación soberana.

Como señala Lilia Ana Bertoni, muchas de estas cuestiones se habían discutido en el Parlamento y en la opinión pública; algunas estaban solucionadas o en vías de solución, como el problema de las escuelas extranjeras. El temor ante el establecimiento de la «Gran Italia», allende los mares, mediante la formación de colonias espontáneas, no había sido sólo una horrorizada fantasía de las clases dirigentes: correspondió a un sector de la política italiana que realmen-

te predicaba el expansionismo, en un momento de auge colonialista en el que Italia iba a la zaga de otras naciones más poderosas. Pero ya no era realmente sostenible en las vísperas del Centenario¹³. Para la época en que Rojas publica su informe, la cuestión de la enseñanza del idioma nacional en las escuelas de las colonias, italianas o judías, estaba bajo control¹⁴.

Por otra parte, algunos de los remedios preconizados por Rojas: «pedagogía de las estatuas», liturgia patriótica, veneración de los símbolos patrios, culto de los héroes, se habían discutido en foros públicos y constituían ya una metodología en marcha. Pero lo esencial —y lo novedoso— de su programa es colocar la enseñanza de la Historia en el eje de la *educación* (no ya de la mera *instrucción* informativa), desde la misma escuela primaria, como disciplina *formadora de la conciencia nacional*, capaz de dotar de un contenido vivo a la *conciencia cívica*. En esa Historia, se resignifica la vieja «barbarie»: gauchos y mestizos son los hacedores de la Independencia y del espíritu nacional («su obra sangrienta fue el complemento indispensable de la revolución, pues elaboró con sangre argentina el concepto del gobierno y la nacionalidad, dando base más sólida a la obra de los constituyentes», p. 98). Y se resignifica asimismo el papel —pasado y futuro— de las provincias¹⁵, ahogadas bajo la excesiva influencia de Buenos Aires, que impone todos los parámetros (p. 84) pero que es, justamente, el enclave donde el ambiente moral se halla más enrarecido (p. 181). La «tradición nacional» que rastrea Rojas hace el camino inverso del Progreso tecnológico y económico: ha de llegar desde el interior profundo a la metrópoli sin «alma», para cambiar la *orientación espiritual de la vida nacional*, no ya los hechos concretos (no se trataba de cerrar las fronteras, ni de enviar a los inmigrantes o a los inversores extranjeros a sus países de origen). Bien ha señalado Maristella Svampa que la «perspectiva integracionista» de Rojas y su buceo en «los arcanos de la Tradición», no se propone «negar el presente cosmopolita: busca en ella el principio espiritual que articule ese magma en un todo social que, por necesidad histórica, debe ser un todo nacional.»¹⁶ Cabe notar, por otra parte, la riqueza diferenciada con que Rojas percibe ese complejo legado autóctono, donde incluye los mitos y las lenguas aborígenes (consideradas dignas de figurar en los planes de estudio al lado del castellano como idioma nacional) y se obstina en preservar la toponimia indígena y criolla. También coloca a los «grandes caciques» en la nómina de

héroes que debieran ser objeto del conocimiento escolar.

Blasón de plata: el numen indiano

La apelación a la «raíz negada»¹⁷ (en un país que prefería construirse con un «imaginario blanco») se hace más nítida en su siguiente libro: *Blasón de plata* (1910). Cabe señalar que la primera reivindicación indigenista clara y consistente, que instala lo aborígen en un lugar central del imaginario y los mitos nacionales, aparece en la obra de Ricardo Rojas¹⁸. Su misma idea de la influencia determinante de la tierra, como matriz espiritual, que ejerce un poder «numénico configurante»¹⁹ sobre quienes la habitan, aunque también deriva, en la concepción rojiana, de raíces teosóficas y esotéricas, no es en absoluto ajena al pensamiento indígena.²⁰ Ni al culto secular andino de la Pachamama, ni a la noción araucana de la Mapú, que otorga al pueblo mapu-che (gente de la tierra) su gentilicio. La «conciencia indiana», para Rojas, va emergiendo «al calor genésico de la tierra natal», y su matriz hispano-indígena. No somos europeos puros —insiste Rojas— ni aun las familias que no han sufrido mestizaje racial alguno, porque la tierra, las experiencias y la cultura que surgen en esa nueva forja nos hacen ineludiblemente distintos. Los aborígenes son «nuestros antepasados espirituales, cualquiera sea nuestro abolengo de sangre individual y nuestro nombre de familia» (p. 125). Hasta los caracteres secundarios de la psicología colectiva brotan del suelo para hermanarnos con los primeros pobladores, y la fuerza del indianismo subyace a todo, como «instinto colectivo». El sello aborígen queda definitivamente impreso en las creaciones culturales: mitos, leyendas, música, cosmovisión, costumbres, formas políticas, orientación general de la vida que se despliega en una Historia donde lo indígena es mucho más que un fósil arqueológico²¹, y sigue actuando como «numen» telúrico.

Si bien es cierto que los oropeles literarios, el tono de exaltación romántica y las justificaciones mesiánicas recubren o transfiguran en *Blasón de plata* las brutales realidades del exterminio y la dominación ajenas a la empresa de conquista, también es verdad que el concepto de «indianización» es de por sí interesante y constituye el saldo más original y productivo del ensayo de Rojas, amplificado luego largamente en *Eurindia*. El Rojas del Centenario es re-

nueve a incorporar la «diferencia» cultural inmigratoria a la matriz de la nacionalidad, pero le restituye en cambio la «diferencia» aborígen, como motor activo de la cultura y de la historia patrias capaz de transformar, de manera irreversible, al conquistador. Aunque, como advierte Hugo Biagini, hay motivos para sospechar que las reacciones aborígenistas del Centenario —escasas, por cierto— podrían ser la cara visible de «un racismo encubierto o disfrazado», o que «auspician, a veces utópicamente lo indígena para contraponerlo a otras expresiones étnicas»²², cabe aducir que, en el caso de Rojas, lo «indiano» trasciende la manifestación vergonzante de un prejuicio antiinmigratorio, y que promueve toda una estética, cada vez más abierta a la posibilidad de integrar manifestaciones exógenas que modifican creativamente la matriz originaria; el problema no está en las «influencias» sino en que éstas —más allá de lo imitativo— lleguen a ser procesadas en una genuina creación, producto de la peculiaridad social, histórica y territorial, no sólo argentina sino hispanoamericana, que incluye, también, a los inmigrantes. La americanidad —apunta Rojas en el capítulo 51 de *Eurindia*— no niega la universalidad, sobre todo en el terreno de la experimentación con nuevas formas artísticas que pueden provenir de cualquier ámbito de la cultura universal, no sólo de Occidente, sino de Oriente: «La historia del arte es una continua reacción de técnicas arcaicas o exóticas en culturas que se fecundan a su contacto. América no podría renunciar a esa fuente de renovación y de progreso» (T. I, pp. 108-109).

Volvamos a *Blasón de plata*, que toma su título del Río de la Plata, por donde penetran, en busca de quiméricas riquezas, las fuerzas españolas. Continuando la línea de *La restauración nacionalista*, Rojas retoma sobre la dicotomía civilización/barbarie, para objetar, nuevamente, el sentido negativo de la «barbarie» identificada con la cultura local: «bárbaros» serían en todo caso, si se retorna a la etimología griega, no los nativos, sino los extranjeros. A esa dicotomía que considera perimida, Rojas prefiere la antítesis exotismo/indianismo, exenta de viejos lastres semánticos, de «odio unitario» y de desdén europeo por los americanos (p. 104): «[...] esta antítesis, que designa la pugna o el acuerdo entre lo importado y lo raigal, me explica la lucha del indio con el conquistador por la tierra, del criollo con el realista por la libertad, del federal con el unitario por la constitución —y hasta del nacionalismo con el cosmopolitismo por la autonomía espiritual.» (105)

El espíritu de la independencia, la fuerza de la re-

volución democrática, provienen de este «numen indiano» que parece dormido pero que despierta en los momentos clave de la Historia.

Quedan en *Blasón de plata*, como marcas de la época, ciertos lastres que nos distancian, indudablemente, del pensamiento de Rojas: como hemos ya señalado, la justificación de las atrocidades de una conquista, en aras de un «destino trascendente» traído por la mano (armada) de los conquistadores; o la idealización del hidalgo, como casta superior destinada «naturalmente» a conducir, que dejaría su simiente en la élite criolla, promotora de la independencia. O la beligerancia que se sigue esgrimiendo contra los «enemigos» de la causa nacional: los desertores de ella, o «los de afuera» que han venido a pedir hospitalidad. O la bandera, concebida como emblema del misterio de la tierra, que se opone al inútil «trapo rojo» del socialismo, porque todos los ideales igualitarios se hallaban ya contenidos en la Revolución de Mayo.

Pero tampoco cabe duda de que en su parte propositiva y activa, la convocatoria de Rojas en pro de la singularidad cultural fructificó en una obra ingente: su *Historia de la literatura argentina*, que ordenó por primera vez los archivos dispersos de nuestras letras en una coherente concepción historiográfica y estética, donde comienza a integrar el factor inmigratorio que aparece desprendido y ajeno de la matriz fundante en el mapa simbólico de sus libros del Centenario. Su trabajo contempla las «cuatro tendencias» del arte hispanoamericano que enuncia en *Eurindia*, en el capítulo «La nueva estética»: «lo indígena o americano, lo colonial o español, lo europeo o cosmopolita, lo nacional o argentino» (p. 63). Todas estas formas de la sensibilidad subsisten —dice— en el arte actual (también, y ya como incuestionable aporte étnico y cultural, la que llama «cosmopolita»): «armónicas o antagónicas, aisladas o refundidas, según el intérprete» (p. 72).

Conclusiones

La restauración nacionalista y *Blasón de Plata*, se inscriben en los fuegos cruzados entre «nacionalistas» y «cosmopolitas» que en realidad continúan, en el Centenario, una polémica de ya larga data en la sociedad. Ambas obras de Rojas son una respuesta al sentimiento de disgregación social y pérdida de especificidad cultural (y hasta de soberanía nacional)

que experimentaba buena parte de la opinión pública argentina, no solamente grupos minoritarios de la élite. Rojas sintetiza y representa esa tendencia, desde un pensamiento idealista vinculado con el romanticismo alemán (Fichte), con la generación del '98, con el krausismo, con el «arielismo» de Rodó, sin desdeñar las influencias teosóficas, imprescindibles para comprender la construcción simbólica de su obra, además de los autores franceses que manejó habitualmente su generación (Fustel de Coulanges, Taine, Renan).

¿Supuso la concepción nacionalista de Rojas una idea cerrada y excluyente de la tradición nacional? No pueden negarse el fuerte acento defensivo y las alarmadas hipérboles de estos dos libros. Tampoco su esencialismo metafísico, su voluntad de legitimar lo nacional desde un origen que determinaría *ab initio* los «verdaderos» rasgos de la «argentinidad» entendida como una identidad pre-constituida *in nuce*, que se va desenvolviendo en «avatares», como los llama Rojas, a lo largo de una Historia traspasada por fines que trascienden a los individuos. Pero al menos, ese origen *ya es doble*: es «Eurindia». Y el elemento nativo precolombino no está muerto, no es un fósil arrumbado en los sótanos de la memoria, sino un sustrato vivo, que ha fascinado y trastocado al conquistador, que ha actuado en una historia común, y que sigue operando en la sociedad argentina. Por otro lado, la relectura de la llamada «barbarie» —asociada sin duda al incipiente revisionismo de aquellos días—, la vuelta de la mirada hacia las provincias, la revaloración de su papel en la independencia y en la gestación de la nación-estado y de la nacionalidad (en tanto *comunidad* axiológica y cultural) son afirmaciones, ensanchamientos y correcciones provocativas de la interpretación historiográfica liberal. Incluso su retorno a la tradición española es —en el contexto de época— un gesto renovador. Si atendemos a la experiencia de jóvenes de la élite como María Rosa Oliver, o como Victoria Ocampo, el idioma castellano era para las clases altas apenas una lengua rústica, un bien utilitario para dar órdenes al servicio doméstico. No exagera en ese sentido la indignación de Rojas cuando se refiere a la Argentina como «colonia intelectual de Francia». Tanto Ocampo (que al principio de su carrera sólo escribía en francés) como Oliver, tuvieron un contacto tardío con el castellano en tanto lengua literaria, y con los grandes autores españoles, que no eran habitualmente frecuentados en una educación dirigida por institutrices francesas, inglesas o alemanas. Ambas se quejarían,

en sus respectivas memorias, de esta carencia fundamental que debieron suplir, por iniciativa propia, muchos años más tarde²³.

Y así como Rojas reanuda lazos históricos y estéticos con España, lo hace también, hacia atrás y hacia delante (en el ideal de un futuro común), con Hispanoamérica, a la que engloba, entera, bajo el nombre simbólico de «Eurindia» (Cfr. Cap. 46 del libro homónimo).

Su obra, leída sobre todo por lo que aporta y no por lo que descarta, sigue siendo hoy día, en un momento en que la «globalización» nos despierta temores parecidos a los que hace un siglo provocara el «cosmopolitismo», un incitante estímulo intelectual.

BIBLIOGRAFÍA

De Ricardo Rojas

El país de la selva, París, Garnier, 1907. Edición utilizada: última reedición con Prólogo de Graciela Montaldo en la colección Nueva Dimensión Argentina, dirigida por Gregorio Weinberg, Buenos Aires, Taurus, 2001.

El alma española. Ensayo sobre la moderna literatura castellana, Valencia, Sempere, 1907 (fecha del prólogo).

Cosmópolis, París, Garnier, 1908 (fecha del prólogo).

Cartas de Europa, Barcelona, Sopena, 1908.

La restauración nacionalista, Buenos Aires, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional, 1909. Edición utilizada: Buenos Aires, A. Peña Lillo Editor, 1971. Con prólogo de Fermín Chávez.

Blasón de Plata, *La Nación*, Número especial por el Centenario de la Revolución de Mayo, 1910. Reeditado por primera vez en formato libro por Martín García, Buenos Aires, 1912. Edición utilizada: Buenos Aires, Losada, 1954.

La argentinidad. Ensayo histórico sobre nuestra conciencia nacional en la gesta de la emancipación: 1810-1816, Buenos Aires, Librería «La Facultad», 1916.

La literatura argentina. Historia de la literatura argentina, Buenos Aires, Imprenta Coni: *Los*

gauchescos (1917), *Los coloniales* (1918), *Los proscriptos* (1920), *Los modernos* (1922).

Eurindia. Ensayo de estética fundado en la experiencia histórica de las culturas americanas, Buenos Aires, Librería «La Facultad», 1924. Edición utilizada: Buenos Aires, Capítulo: Biblioteca Argentina Fundamental, Centro Editor de América Latina, 1980. Prólogo de Graciela Perosio. Notas de Graciela Perosio y Nannina Rivarola.

Las provincias, Buenos Aires, Librería «La Facultad», 1927.

El Cristo invisible, Buenos Aires, Librería «La Facultad», 1927. Edición utilizada: Buenos Aires, «La Facultad», 1928 (2ª ed.).

Elelín, Buenos Aires, Librería «La Facultad», 1929.

El radicalismo de mañana, Buenos Aires, L.J. Rosso, 1932.

BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA

ARIAS SARAVIA, LEONOR. «Los mitos étnico-geográficos: el mito indiano, el mito criollo, el mito hispano», «La heráldica rioplatense (*Blasón de plata*)», y «La Isis indiana: la mitificación esotérica (*Eurindia*)», en *La Argentina en clave de metáfora. Un itinerario a través del ensayo*, Buenos Aires, 2000.

BARBERO, María Inés, y Devoto, Fernando. *Los nacionalistas*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.

BERTONI, Lilia Ana. *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, F.C.E., 2002.

BIAGINI, Hugo. *Cómo fue la generación del 80*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1980.

BOTANA, Natalio, y Gallo, Ezequiel. «Estudio Preliminar». *De la República posible a la República verdadera (1810-1910)*, Buenos Aires, Biblioteca del Pensamiento Argentino III, Ariel Historia, 1997, pp. 11-123.

CANAL-FEJÓO, Bernardo. «Sobre el americanismo de Ricardo Rojas», *Revista Iberoamericana*, n° 46, Julio-Diciembre 1958, pp. 221-226.

CÁRDENAS, Eduardo, y Payá, Carlos. *El primer nacionalismo argentino en Manuel Gálvez y Ricardo Rojas*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1978.

DE LA GUARDIA, Alfredo. *Ricardo Rojas*, Buenos Aires, Schapire, 1967.

GIUSTI, Ricardo. «La restauración nacionalista», *Nosotros*, IV, T. I, 26.

INGENIEROS, José. «Nacionalismo e indianismo», *Revista de América*, 2, 1913, pp. 185-194.

OCAMPO, Victoria. *Autobiografía, II, El Imperio Insular*, Buenos Aires, Sur, 1982.

OLIVER, María Rosa. *Mundo, mi casa*, Buenos Aires, Sudamericana, 1970.

_____. *La vida cotidiana*, Buenos Aires, Sudamericana, 1969.

ROCK, David. «Antecedentes de la derecha argentina», en VV.AA., *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 2001, pp. 23-70.

ROMERO, José Luis. «El espíritu del Centenario», *Las ideas en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Biblioteca Actual, Nuevo País, 1987, pp. 55-95.

SALAS, Horacio. *El Centenario. La Argentina en su hora más gloriosa*, Buenos Aires, Planeta, 1996.

SEBRELI, Juan José. *Crítica de las ideas políticas argentinas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002.

SVAMPA, Maristella. «La enseñanza de la historia como enjeu político», *El dilema argentino: civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994, pp. 97-102.

NOTAS

¹ Cárdenas, Eduardo, y Payá, Carlos. *El primer nacionalismo argentino en Manuel Gálvez y Ricardo Rojas*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1978, p. 13. Se trata, señalan los autores, no de un nacionalismo político —que se implementará entrada la década de 1920— sino de un pensamiento nacionalista en sentido amplio, de índole marcadamente cultural y estética.

² Don Absalón Rojas, padre de Ricardo, mantuvo el control político de su provincia entre 1886 y 1892. José Gálvez, tío de Manuel, hizo lo propio en Santa Fe entre 1886 y 1893; ambos fueron gobernadores. El padre de Gálvez —Manuel— fue senador provincial.

³ Al decir de Gregorio Weinberg, en: Rojas, Ricardo, *El país de la selva*, París, Garnier, 1907. Edición utilizada: última reedición con Prólogo de Graciela Montaldo en la colección Nueva Dimensión Argentina, dirigida por Gregorio Weinberg, Buenos Aires, Taurus, 2001, p. 57.

⁴ Rojas vuelve sobre la cuestión en una obra de teatro, *Elelín* (1929), «no para dar una lección histórica o pedagógica mediante la escena, sino para componer un poema, con toda la libertad que requiere la creación poética...» (p. 10). «Elelín» es el nombre del reino fabuloso que buscan los conquistadores.

⁵ *El país de la selva*, edición citada, pp. 10-11.

⁶ Rojas dedica aquí varias parrafadas a defender a Darío de todas las acusaciones de artificiosidad y antiamericanismo que por entonces se le hacían. Demuestra, por el contrario, lo que debe al espíritu progresista americano, a la singularidad criolla y aun al atavismo indígena. Rojas fue discípulo y amigo del poeta nicaragüense, y lo defendió ante Unamuno. La influencia modernista se advierte, desde luego, en su poesía (sobre todo en *Los lises del blasón*, 1911).

⁷ «La montonera no fue sino el ejército de la independencia luchando en el interior, y casi todos los caudillos que la capitaneaban habían hecho su aprendizaje en la guerra contra los realistas [...] La barbarie, siendo gaucha, y puesto que iba a caballo, era más argentina, era más nuestra. Ella no había pensado en entregar la soberanía del país a una dinastía europea. Por lo contrario, la defendió.» (p. 98)

⁸ A la inversa, tampoco se ha podido disolver, aun utilizando los más cruentos métodos, a naciones que se consideraban a sí mismas como tales, incluso a pesar de sus enfrentamientos internos. El caso de Irlanda podría ser un buen ejemplo. No siempre, tampoco, el estado preexiste a la nación. Esto ocurre con pueblos aborígenes, como el mapuche, que se piensa a sí mismo como «nación» (amalgamada por lengua y tradición cultural), aunque no tenga estado propio.

⁹ Así lo hace David Rock en «Antecedentes de la derecha argentina», en VV.AA., *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 2001, pp. 23-70. Sin embargo, es difícil asimilar a Rojas a la definición de «derecha» que en el libro se propone («Desde los primeros momentos en que adquirió una connotación política durante la Revolución francesa, la derecha ha simbolizado la resistencia al cambio progresivo en lo político y lo social» «La derecha ha englobado en su seno una amplia gama de movimientos, desde el conservadurismo —cuyo pragmático apoyo a la monarquía y a la Iglesia católica no excluye una adecuación a la modernización— al activismo contrarrevolucionario más duro, que negaba cualquier acercamiento a todo aquello que pusiera en peligro la estructura social jerárquica», p. 14; «forma de conservadurismo extremo, cuyos puntos de partida abrevan en una concepción organicista de la sociedad y en el antiliberalismo» —pp. 27-28). Ni Rojas negó los principios de la Revolución Francesa (a los que identifica, como lo señaló incontables veces, con los de la Revolución de Mayo), ni mantuvo una concepción corporativa y jerárquica de la sociedad (salvo en cuanto al liderazgo espiritual de héroes y genios, que motiva en él un «culto» de cuño romántico y también teosófico). Sus críticas al liberalismo no atacan la raíz de los derechos constitucionales, y su «organicismo» es en todo caso romántico y metafísico, influido más por la teosofía (el alma o el numen de los pueblos que se encaminan hacia su progresiva liberación) que por doctrinas proto-fascistas. Por otra parte, «nacionalismo» no puede identificarse sin más, con «derechismo»; por el contrario, muchos nacionalismos, en

Latinoamérica y en España, han sido defensores de la soberanía y la singularidad cultural de los pueblos desde una base democrática y popular. Señalar a *La restauración nacionalista* como «texto derechista temprano» nos parece, cuando menos, una exageración distorsiva de la perspectiva. No hay que olvidar, tampoco, que a poco de su aparición fue una obra calurosamente elogiada por socialistas como Jean Jaurès.

¹⁰ Señala Juan José Sebreli «El nacionalismo de Rojas era de término medio, el hispanismo no lo llevó al franquismo, no fue católico, sino teósofo, rosista moderado y cauteloso antiliberal, pero no fascista, yrigoyenista pero antiperonista.» (J.J. Sebreli. *Crítica de las ideas políticas argentinas*. Buenos Aires, Sudamericana, 2002, 161-162). Barbero y Devoto lo colocan entre los nacionalistas populares y laico-democráticos.

¹¹ Ver su libro *El Cristo invisible*, Buenos Aires, Librería «La Facultad», 1927.

¹² Todas estas consideraciones se hallan detenidamente expuestas en *El radicalismo de mañana* (1932).

¹³ Lilia Ana Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas*, Buenos Aires, F.C.E., 2002, pp. 30 y ss. Comentando la aparición del libro de Rojas, Roberto Giusti señala sus alarmas contra la presunta voluntad «colonizadora» italiana, como desmesuradas e injustas (*Nosotros*, IV, T. I, p. 26).

¹⁴ «El problema real de la década anterior fue convertido en un tópico, retomado y repetido por muchos otros que atribuyeron severas consecuencias a una insatisfactoria educación nacional» — señala Bertoni refiriéndose a la postura asumida por Ernesto Quesada en la *Revista Nacional*, en 1900. Casi una década más tarde, Ricardo Rojas —agrega Bertoni— lo reitera en *La restauración nacionalista* (op. cit., p. 205).

¹⁵ Rojas se ocupará detenidamente del papel fundamental de las provincias durante la gesta independentista y el proceso de construcción nacional, en un libro posterior: *La Argentina* (1916). También en otro libro: *Las provincias*, Buenos Aires, Librería «La Facultad», 1927.

¹⁶ Maristella Svampa, *El dilema argentino: civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994, p. 101.

¹⁷ Así la llama María Sáenz Quesada en su reciente obra: *La Argentina: Historia del país y de su gente*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.

¹⁸ Se han hecho objeciones al indigenismo de Rojas, como es el caso

de Bernardo Canal-Feijóo, apuntando al hecho de que escamotea al indio concreto, al drama humano de su realidad sociohistórica. Canal llega a hablar incluso, de «antiindigenismo» («Sobre el americanismo de Ricardo Rojas», *Revista Iberoamericana*, n° 46, Julio-Diciembre 1958, pp. 221-226). Entendemos que se trata de un indigenismo limitado al campo simbólico (lo que en su momento histórico no era poco), pero indigenismo al fin.

¹⁹ Cfr. el excelente análisis de Leonor Arias Saravia, *La Argentina en clave de metáfora. Un itinerario a través del ensayo*, Buenos Aires, 2000, pp. 364-403. La expresión citada es de la pág. 413.

²⁰ Es ésta una idea que también reelaborará a su modo la psicología junguiana, que coloca los elementos autóctonos de la tierra conquistada en el nivel inconsciente del conquistador, desde donde ejercerían sobre los nuevos habitantes, mestizos raciales o no, una poderosa fascinación. De una manera u otra, las culturas vencidas impregnan profundamente el alma de los vencedores (C.G. Jung. «Alma y tierra», *Problemas psíquicos del mundo actual*, Caracas, Monte Ávila, 1976).

²¹ Desde luego, la concepción idealista estético-metafísica de Rojas, suscitó duras críticas por parte de quienes se adscribían a orientaciones filosóficas muy distintas, como fue el caso de José Ingenieros («Nacionalismo e indianismo», *Revista de América*, 2, 1913, pp. 185-194).

²² Hugo Biagini, *Cómo fue la generación del 80*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1980, p. 102.

²³ María Rosa Oliver, *Mundo, mi casa*, Buenos Aires, Sudamericana, 1970, p. 69; *La vida cotidiana*, Buenos Aires, Sudamericana, 1969, donde Ortega y Gasset y Federico García Lorca aparecen como verdaderos embajadores culturales de una España ignorada u olvidada. «[...] descubrí la literatura francesa antes que la española (aunque aprendí versos del *Martín Fierro* y del *Fausto* de Estanislao del Campo al mismo tiempo que los mandamientos de la ley de Dios) porque pertenecía a un sector social influido por el liberalismo de los enciclopedistas y formado por él...» «Sólo cuando ya estaba mentalmente formada pude apreciar a Cervantes (¡y cómo!), a Quevedo, Lope, Calderón, y entonces lamenté no haberlos leído antes. No haber descubierto antes el esplendor y la fuerza del idioma que me había tocado en suerte hablar...» (p. 336). Victoria Ocampo se queja de «los libros escolares de historia de América, o del desarrollo de nuestro país», que «no presentaban las cosas de manera atractiva. No creaban una temperatura propicia a la germinación del entusiasmo, en una adolescente de mi temperamento.» (*Autobiografía*, II, pp. 58-59) (Lo mismo que ella diría Arturo Jauretche, en su libro de memorias *Pantalones cortos*). Las lecturas de Victoria eran en francés e inglés, y en su horizonte juvenil no había «dioses españoles» a quienes admirar (op. cit., p. 66).